

–¿Cree, como Borges, que la biblioteca es la cifra del mundo?

–Creo que cifras del mundo hay muchas, y la biblioteca es una de ellas. Pero también lo es la baraja, por ejemplo. El microcosmos y el macrocosmos están interpenetrados; si uno ve un átomo en el microscopio electrónico está viendo a la vez el universo. Ahora bien, hay artículos más simbólicos que otros: pienso que el artículo biblioteca o el artículo mazo de naipes es más representativo del cosmos, o las matemáticas, que son un sistema paralelo al mundo que intenta explicarlo y cuantificarlo. Todos son artilugios que hace el hombre para ordenar lo inordenable.

–Indudablemente, Borges prefería como cifra del mundo a la biblioteca.

–Claro: «Yo, que me imaginaba el paraíso bajo la especie de una biblioteca». Esa frase resume el sentir de Borges respecto de la biblioteca, y también es curioso que emplee ese término escolástico, subspecie, con el genitivo de biblioteca, lo que le otorga una cierta visión medieval del mundo, justamente a él, que es un intelectual enormemente moderno. Pienso que Borges quiso manifestar así su respeto a la tradición, y nada encarna mejor la tradición que la biblioteca, porque aquí se guarda todo, lo bueno, lo malo, lo infame y lo maravilloso, lo que puede inducir al mal, lo que puede inducir al bien. Aquí no hay moral, en las bibliotecas está todo. Ya no hay infierno. Algunos, como el gran cineasta Luis García Berlanga, me preguntan a veces: «¿Hay infierno en la Biblioteca Nacional?» Se refieren a los famosos infiernos de las bibliotecas, donde están los autores malditos, el Marqués de Sade, por ejemplo. No, no lo hay. Como es lógico, se albergan todos los libros publicados por igual. Lo que ha habido alguna vez es censura propia de la casa, como la que trató de ejercer una señora muy celosa con las cuestiones de la moral –de esas que piensan que la moral es exclusivamente sexual–, que procuró eliminar las revistas pornográficas que iban viniendo en los primeros tiempos de la democracia. Creo que las bibliotecas se están profesionalizando cada vez más y asumen la responsabilidad de dar cabida a todos los productos de la cultura. Si desapareciera todo y sólo quedara una biblioteca tendríamos, por supuesto, una imagen del mundo.

–¿Cuáles son las bibliotecas que más admira?

–Probablemente dos, y ambas del mundo anglosajón: la Congress Library, de Washington, y la British Library, de Londres. Son las que más

admiro por su capacidad de gestión, por su dotación presupuestaria, por su organización y, desde luego, por sus fondos. La Biblioteca Británica, en concreto, tiene algunas de las cosas más hermosas, por ejemplo el Códice Sinaítico de la Biblia, encontrado en el Sinaí por un erudito alemán al servicio del zar de Rusia y posteriormente adquirido por el Reino Unido gracias a una suscripción popular. Hay otras bibliotecas que me parecen maravillosas, como la John Pierpont Morgan Library, de Nueva York, un modelo de biblioteca privada selecta –yo me quedaría con esa biblioteca particular– o la Juan V, de la Universidad de Coimbra. En fin, también son maravillosas las bibliotecas de cualquier *college* de Oxford o Cambridge: en ellas da gusto estudiar; cualquiera que sea la edad que uno tenga, allí recupera el entusiasmo por el estudio.

*–Desde hace años se habla del fin de la lectura, del fin del soporte papel como transmisor de la cultura, y del auge de los medios audiovisuales e informáticos. Desde este punto de vista, ¿qué piensa acerca del futuro de la biblioteca?*

–Creo que de momento la biblioteca no corre ningún peligro. En Estados Unidos, que tiene el mayor número de afiliados a Internet del mundo, la industria editorial sigue siendo una apuesta importantísima y no deja de multiplicar sus títulos. No tengo dudas, en cambio, en cuanto a que el funcionamiento tradicional de las bibliotecas sufrirá grandes transformaciones a causa de su creciente informatización. Como comentaba antes, en diez o quince años más habrá un porcentaje elevado de fondos bibliográficos digitalizados, lo que permitirá a los usuarios consultarlos desde sus casas y evitará, por lo tanto, su presencia en el recinto de las bibliotecas. Claro está que esto creará un enorme problema jurídico, por la no percepción de los correspondientes derechos de autor de los libros que están «vivos». En las últimas conferencias que hemos tenido los directores de bibliotecas nacionales del mundo hemos abordado de manera central el problema de los derechos de autor y de las fotocopias. Estos temas deben recibir en el futuro mayores precisiones jurídicas.

*–¿Y cómo almacenarán las bibliotecas las revistas que sólo se difunden a través de medios informáticos?*

–Ese es un problema tremendo con el cual ya me enfrento. En este momento están saliendo 250 revistas que sólo tienen soporte de red. ¿Cómo las conservo yo? ¿Las leo a diario y hago papel con ellas? ¿Las grabo en

disquetes? Como bibliotecario mayor de este reino tendría que tener todas grabadas y catalogadas pero me veo en la absoluta imposibilidad de acceder a todas ellas; no es sólo mi caso: los directores de bibliotecas de Londres, París o Washington alucinan frente al mismo dilema. Existen en estos momentos unos problemas de concepción de productos; luego está el problema del depósito legal de esas revistas que sólo se difunden por la red: es impracticable.

*—¿Qué proyectos inmediatos tiene la Biblioteca Nacional?*

—Hemos firmado un convenio con Fundesco, que depende de Telefónica, con el objeto de sentar las bases para la digitalización global de los fondos de la Biblioteca. Otro proyecto es culminar las obras cuanto antes y resolver el acuciante problema de la falta de personal. Como es sabido, desde 1992 no ha habido oferta de empleo público, para adelgazar el cuerpo del Estado, que estaba hinchado desmesuradamente. Me parece una medida justa y correcta, pero como todas las medidas globales, no contempla casos particulares. El de la Biblioteca Nacional es uno de ellos: aquí debemos prestar cada vez más y mejor servicio, pero nuestro personal es escaso. Hay más de 150 vacantes, que necesitamos como el comer, dotadas para esta institución, pero no pueden ser ocupadas. Creo que existe sensibilización por parte del Gobierno para afrontar este problema: hace poco hemos tenido contactos con el Ministerio de Administraciones Públicas, en los que ha sido de gran ayuda la intervención de Antonio Fontán, presidente del Real Patronato de la Biblioteca Nacional, un hombre de gran experiencia intelectual —es latinista, y da la casualidad de que ha sido maestro mío— y en la gestión pública.

*—¿Cuál es el total de personal de que dispone la Biblioteca?*

—Alrededor de 440 empleados. Lo ideal sería tener, por lo menos, 100 personas más.

*—¿Y cuál es el presupuesto anual?*

—Desde 1992, en que se superaron los 5.000 millones de pesetas, el presupuesto de la Biblioteca fue descendiendo: en 1997 fue de 3.700 millones. Afortunadamente, este año ha crecido mucho, porque ha habido un plan de inversión en instituciones culturales de ~~cabecera~~, de mane-

ra que en 1998 el presupuesto ha subido a un récord histórico: 5.300 millones de pesetas. Fue una decisión del presidente del Gobierno destinar a Cultura los fondos que quedaron libres –unos 10.000 millones de pesetas anuales– tras concluirse el pago del Museo Thyssen-Bornemisza. De todos modos, nuestro presupuesto es muy bajo comparado con el de otras bibliotecas nacionales; la de Francia, por ejemplo, gasta el equivalente a la mitad de nuestro presupuesto general sólo en su sistema de seguridad.

*–En la actividad de la Biblioteca Nacional existen aspectos museísticos importantes. ¿Qué piensa acerca de ellos?*

–Me siento especialmente orgulloso de nuestro Museo del Libro: es moderno, interactivo, con técnicas multimedia, incluso con hologramas, por ejemplo de la historia del libro. Es muy agradable para los estudiantes, y para todos los públicos. Claro, esto también tiene que ver con la función de Casa de Cultura de la Biblioteca. Digamos que este es un centro de investigación y por tanto su labor bibliotecaria es básica, fundamental y nuclear, pero también es una Casa de Cultura y como tal tiene que mostrar sus tesoros e interesar a todos los españoles. Ya he dicho que en otro tiempo esto se llamaba Palacio de Bibliotecas y Museos, y se celebraban aquí exposiciones de pintura. Ahora se tiende a que las muestras tengan un carácter más relacionado con el mundo del libro, lo cual no obsta para que en ocasiones extraordinarias, como puede ser en el año 2000, la celebración de los 400 años del nacimiento de Calderón, se hagan exposiciones especiales, que comprendan libros, cuadros y hasta mobiliario vinculados con la época de determinado escritor u obra.

*–¿Tiene un bibliotecario favorito?*

–Tengo uno, pero me voy muy lejos en el tiempo, porque como soy de clásicas... Es Calímaco, que fue el bibliotecario de Alejandría en el siglo III a.C. Ya me gustaría ser tan buen organizador como fue él: escribió los *Pínakes*, un catálogo de la Biblioteca de Alejandría, y los fragmentos que se conservan de esta obra nos hablan de una organización de cada ficha tan extraordinaria y tan maravillosamente hecha que resulta insuperable. Además me siento muy cautivado por su faceta poética; escribió unos epigramas bellísimos.

–¿Cómo se imagina la Biblioteca de Alejandría?

–De una manera menos romántica que cuando era joven. Sabemos que su edificio estaba situado relativamente cerca del puerto y que sufrió una serie de incendios en distintas épocas, antes del supuestamente ordenado por el califa Omar por aquello de que habla de quemar los libros porque o eran el Corán o se oponían a él. Lo cierto es que los incendios eran la gran plaga que devastaba las bibliotecas de entonces, y motivaron el traslado de la de Alejandría a otro lugar. En ella se albergaban sobre todo los *volumina*, que eran los rollos de pergamino; para su conservación se tapaban con cera en sus extremos y quedaban como cilindros, que se volvían a abrir cuando se requerían. Pero me gusta imaginar la Biblioteca de Alejandría, fundamentalmente, como una metáfora del saber. Un arquitecto francés del siglo XVIII, Boullée, dibujó lo que concebía como la biblioteca ideal: un inmenso rectángulo, casi infinito, con barandillas y dos pisos, que se extendía kilómetros y kilómetros; así prefiero imaginar la Biblioteca de Alejandría.

–¿Cuáles son las piezas más antiguas que existen en la Biblioteca Nacional?

–Lo más antiguo que tenemos es medieval, del siglo IX, el *Calendario de Metz*. Antes del medievo sólo hay, prácticamente, fragmentos: el mundo de los papiros es esencialmente fragmentario, y eso gracias a que el desierto de Egipto nos los transmitió. Una de las joyas que poseemos es el *Skylitzes*, uno de los códices miniados más importantes de la cultura bizantina, que cuenta la historia de Bizancio. Me lo han pedido para varias exposiciones pero no lo he podido entregar, porque tiene tal grado de desgarro el papel que al abrirlo se cae polvo de oro de sus miniaturas. La conservación es el gran problema de estas reliquias bibliográficas: por eso pensamos hacer una colección en CD-ROM para que el público pueda acceder a ellas sin amenazar su existencia.

–¿Cómo está de espacio la Biblioteca Nacional? ¿Necesitaría edificios anexos o uno infinito como el que proyectó Boullée?

–Ya disponemos de una serie de torres en Alcalá de Henares que albergan todo el material que no es de consulta diaria. Este año se construirán otras dos y el funcionamiento de estos depósitos se irá robotizando, de modo que en el futuro todas las piezas se moverán sin manipulación humana.